



B A L S

Que demuestra que la historia no está siempre escrita?

A toni

REACCIONANDO

Iré rápido. Las cosas para el lector. En primer lugar, explico mi propia opinión sobre el tema. Atención primero. La forma más exacta de la pregunta:

¿Mi idea con esto es demostrar que la vida puede compararse no a un organismo divino sino más bien a un

engranaje de relojería... puesto que casi todos los múltiples movimientos son ejecutados por medio de una única fuerza magnética muy simple, como en el caso de un reloj en el cual todos los movimientos son producidos por un simple peso?

Las cosas no encajan a simple vista. Mirar dos veces es esencial para lograr ver la diferencia, si hay, cómo sabemos que está presente? Alguien que no era propenso a rebajar el tono de sus afirmaciones valoró sus descubrimientos con estas palabras:

Con esta sinfonía de voces el hombre
puede tocar la eternidad del tiempo en
menos de una hora, y puede saborear
en una pequeña medida el deleite de
Dios, Artista Supremo...

REACCIONANDO

Me abandono libremente al frenesí sagrado... porque la suerte está echada y estoy escribiendo el libro; un libro que será leído ahora o en la posteridad, no importa.

Kepler creía que dentro de esta sinfonía de voces, la velocidad de cada planeta corresponde a ciertas notas de la escala musical latina popular en su época: do, re, mi, fa, sol, la, si, do. En la armonía de las esferas, los tonos de la Tierra son, según él, fa y mi, y la Tierra está siempre canturreando fa y mi, notas que corresponden directamente a la palabra latina hambre.

Decía, no sin razón, que esa única y lúgubre palabra era la mejor descripción de la Tierra. Justamente ocho días después de que Kepler

descubriese su tercera ley, se divulgó en Praga el incidente que desencadenó la guerra de los Treinta Años. Las convulsiones de la guerra afectaron a la vida de millones de seres, la de Kepler entre ellas. Perdió a su mujer y a su hijo en una epidemia que llegó con la soldadesca, su regio patrón fue depuesto y él mismo excomulgado por la Iglesia luterana a causa de su individualismo intransigente en materias doctrinales. De nuevo Kepler se convirtió en un refugiado.

El conflicto, calificado de santo por católicos y protestantes, fue más bien una explotación del fanatismo religioso por gente hambrienta de poder y de tierras. Antes, las guerras acostumbraban a resolverse cuando los príncipes beligerantes agotaban sus recursos. El hilo que va de la ciencia mal practicada, la magufería y la superstición (antigua y de la «Nueva Era») hasta la respetable religión basada en la revelación es confuso. Intento no utilizar la palabra «culto» en este libro en el sentido habitual de una religión que desagrada al que habla.

Sólo pretendo llegar a la piedra angular del conocimiento: ¿saben realmente lo que afirman saber? Todo el mundo, por lo visto, tiene una opinión relevante, escuchando unas cuantas a la vez claro está.

SE LE SALEN LOS COLORES AL DRAGÓN

Cuando hablamos de la «ira» del cielo, la «agitación» del mar, la «resistencia» de los diamantes a ser tallados, la «atracción» que ejerce la Tierra sobre un asteroide cercano o la «excitación» de un átomo, de nuevo pensamos en una especie de visión animista del

mundo. Estamos atribuyendo existencia real a objetos inertes. Algún nivel primitivo de nuestro pensamiento dota a la Naturaleza inanimada de vida, pasiones y premeditación.

Es muy tentador creer que quizá hemos sido un poco crédulos ante el caso de las alucinaciones. Quizá sólo las visiones suaves, fugaces y débiles se producen alguna vez; las alucinaciones fuertes nunca se dan porque no pueden darse. Un somero repaso de la bibliografía sobre las propias alucinaciones sugiere claramente que existe algo así como

una relación inversa entre fuerza y frecuencia de las alucinaciones, así como entre fuerza y credibilidad. Tal repaso nos proporciona asimismo nuevas pistas para la elaboración de una teoría sobre los mecanismos de producción de visiones. Una característica endémica de todo testimonio de alguna visión es el reconocimiento de una pasividad poco usual ante la alucinación por parte de aquellos que han sido víctimas de un fenómeno de este tipo: los alucinados se limitan a contemplar el fenómeno maravillado, pero jamás sienten el

deseo de investigar o explorar, y nunca intentan interactuar con las apariciones. Es muy probable que tal pasividad sea, por los motivos que acabamos de exponer, una característica esencial de las alucinaciones, un requisito necesario para que se produzca una visión mínimamente detallada y duradera. La pasividad, sin embargo, no es más que un caso especial de la manera en que una alucinación relativamente fuerte puede sobrevivir. El motivo por el cual tales alucinaciones pueden sobrevivir es que el ilusionista —palabra con la que

quiero designar al responsable de que se produzcan alucinaciones, quienquiera que éste sea— puede «contar con» que la víctima será más o menos activa en el momento de investigar el fenómeno; en el caso de la pasividad total, la actividad investigadora será nula.

En tanto en cuanto el ilusionista sea capaz de predecir con detalle el grado de actividad investigadora de la víctima, no tiene más que hacer que la ilusión se mantenga «en las diversas perspectivas desde las que mirará la víctima». Los

diseñadores de decorados de cine siempre insisten en conocer de antemano la colocación exacta de la cámara o, si ésta no ha de permanecer estacionaria, su trayectoria y ángulo precisos.

CDEFGABC

Atención, sólo tienen que preparar el material necesario para cubrir las perspectivas que entrarán dentro del encuadre. Pero no alucinemos tanto, está bien.

Hoy somos unos virtuosos de la evitación, la prevención, la interferencia

y la anticipación. Hemos logrado llegar a la feliz situación de disponer del suficiente tiempo libre para examinar metódicamente el futuro y preguntarnos qué hacer a continuación. Exprimimos cada gota de información que podemos del mundo, y luego la moldeamos hasta construir asombrosas y novedosas perspectivas sobre lo que ha de venir.

¿Y qué es lo que vemos? Vemos algunas cosas inevitables, aunque nuestra lista se acorta cada semana que pasa. Antes no podíamos hacer nada para evitar los

maremotos, o las epidemias de gripe, o los huracanes (todavía no podemos desviarlos, pero disponemos de las suficientes advertencias previas para que podamos ponernos a resguardo y minimizar los daños). Antes cuando una persona caía de un barco en plena noche en mitad del océano se la podía dar por perdida.

Ahora podemos llevar helicópteros al lugar con sistemas de rastreo y sacar a la gente de las profundidades como ocurría en los milagros de pega del viejo Deus ex Machina de la tragedia griega.

Todo esto es un desarrollo biológico muy reciente.

Durante miles de años no había nada parecido en este planeta. Los procesos eran enteramente ciegos o en el mejor de los casos miopes, insensibles y reactivos, nunca previsores y proactivos.

En esa época los recursos disponibles para ayudar a quienes vivían con epilepsia eran limitados, y no hace tantos años. Los médicos sugirieron que la enfermedad de mi abuelo había sido provocada por la explosión de bombas

durante la guerra. Aconsejaron a mi abuela que se divorciase de su marido y que siguiese con su vida. Después de todo, ella tenía una familia joven a su cargo y la vida por delante. Debió de ser la decisión más difícil de su existencia, pero siguió el consejo de los médicos y luego volvió a casarse. Mi abuelo fue internado en una institución para soldados con problemas mentales. La ruptura de la relación entre mis abuelos tuvo consecuencias desastrosas para la familia. Mi abuela tenía un nuevo hogar, pero su nuevo esposo se las veía y deseaba para encontrar trabajo y se

jugaba lo poco que ganaba, por lo que, sin unos ingresos estables, no tardaron en verse inundados de deudas. Un día en que regresaban a casa se encontraron los muebles apilados en el césped y las puertas cerradas con candados. El ayuntamiento los desahució por no pagar el alquiler y se vieron en la calle.

A LO SUMO

Una conclusión de suma importancia. Las personas a las que se logra sorprender con hechos estadísticos sobre el comportamiento humano pueden impresionarse hasta el punto de contar a sus amigos lo que han oído,

pero esto no significa que su concepción del mundo haya cambiado realmente. El test de aprendizaje psicológico busca saber si nuestra comprensión de situaciones que encontramos ha cambiado, no si hemos conocido un nuevo hecho.

Existe una profunda brecha entre nuestro pensamiento estadístico y nuestro pensamiento sobre casos individuales. Los resultados estadísticos con una interpretación causal producen un mayor efecto sobre nuestro pensamiento que la información no

causal. Pero ni la estadística causal más persuasiva modificará creencias largamente sustentadas o creencias enraizadas en la experiencia personal. Por otra parte, los casos concretos sorprendentes causan un fuerte impacto y son una herramienta más eficaz para enseñar psicología debido a que la incongruencia debe resolverse e insertarse en una historia causal. Esta es la razón de que este libro dirija sus preguntas personalmente al lector. Es más probable que el lector aprenda algo si se sorprende de su propio comportamiento que si se le habla de

los hechos sorprendentes que encontramos en la gente en general. Se puede decir que la gente que entiende en este campo, tanto si se sienten afines a la neurociencia como a la psicología o la inteligencia artificial, tienden a posponer los problemas relacionados con la conciencia al restringir su atención a sistemas «periféricos» y «subordinados» de la mente/cerebro. Estos sistemas, se supone que sirven y alimentan a un oscuro e imaginario «centro» en el que se producen el «pensamiento consciente» y la «experiencia».

Esto suele tener la consecuencia de dejar que gran parte del trabajo de la mente se lleve a cabo «en el centro», lo cual, a su vez, hace que se subestime la «cantidad de comprensión» que debe producirse en los sistemas relativamente periféricos del cerebro

EN TEORIA

Muchos teóricos tienden a pensar en los sistemas perceptivos como proveedores de información de «entrada» para un rueda central del pensamiento, el cual a su vez proporciona «control» o «dirección» para aquellos sistemas relativamente

periféricos encargados del movimiento del cuerpo. Se supone también que este rueda central saca provecho del material almacenado en los diversos sistemas subsidiarios de la memoria.

La idea de que existen divisiones teóricas importantes entre presuntos subsistemas tales como la «memoria a largo plazo» y el «razonamiento» (o «planificación») es, no obstante, más un producto de la estrategia del divide y vencerás que algo que se pueda encontrar en la naturaleza. Como veremos enseguida, esta atención

exclusiva a subsistemas específicos de la mente/cerebro a menudo causa una especie de miopía teórica que impide a los investigadores ver que sus modelos aún presuponen que, en algún lugar, oculto en el oscuro «centro» de la mente/cerebro, hay un Teatro Cartesiano, un lugar al que «todo va a parar» y donde se produce la conciencia. Puede que ésta sea una buena idea, una idea inevitable, y hasta que veamos, con detalle, por qué no lo es, seguirá atrayendo la atención de un sinnúmero de teóricos iluminados por una ilusión.

EN PRÁCTICA

En el apartado anterior he observado que si el dualismo es lo máximo a que podemos aspirar, entonces nunca podremos comprender la conciencia humana. Algunas personas están convencidas de que así será siempre, hagamos lo que hagamos. Este

derrotismo, hoy, en un momento en que podemos sacar provecho de infinidad de avances científicos, me parece ridículo, incluso patético, aunque puede que sea la triste realidad. Quizá sea verdad que la conciencia no pueda explicarse, pero ¿cómo vamos a saberlo si no lo intenta alguien?

Creo que ya comprendemos muchas de las piezas del rompecabezas —de hecho, la mayoría de ellas—, y sólo es necesario hacerlas encajar con un poco de ayuda por mi parte. Aquellos que quieren defender a la mente de la

ciencia deberían desearme suerte, ya que si son ellos los que están en lo cierto, entonces mi proyecto está condenado al fracaso, pero si hago bien mi trabajo, mi derrota servirá para dilucidar por qué la ciencia siempre será insuficiente. Así, tendrán en sus manos finalmente su argumento definitivo en contra de la ciencia, y yo les habré hecho todo el trabajo sucio.

ANTE TODO

Sin ningún esfuerzo —
involuntariamente, de hecho— «damos
un sentido» a la cadena sonora en el
proceso de segmentarla en palabras.
Que bajo circunstancias normales el
proceso sea muy fiable y en gran
medida imperceptible, no debería

oscurecer el hecho de que es un proceso muy complejo incluso cuando se detiene en el reconocimiento de palabras y no llega a una interpretación completa. Cuando el mecanógrafo transcribe «a mi modo de ver, una triste ceguera embargaba mi presentimiento, una atractiva tendencia de anticipación y de afrenta, un haz de confirmaciones anticipativas que revelaban nuevas superficies detrás de las superficies», puede que no tenga ni la más remota idea de lo que significa, pero lo más probable es que esté totalmente seguro de que éstas son las palabras que

pronunció el hablante, sea cual sea su significado. Es posible que tampoco el hablante sepa cuál es el significado de esas palabras. Después de todo, nuestro sujeto podría ser un zombi, o un loro disfrazado de persona, o un ordenador con un buen sistema de síntesis del habla. O, sin necesidad de ir tan lejos, puede que el sujeto se haya confundido, o puede hallarse bajo la influencia de alguna teoría mal comprendida, o puede estar queriendo jugarle una mala pasada al investigador contándole un montón de cosas sin sentido. De momento, estoy diciendo

que el proceso de crear la transcripción de un texto a partir de una grabación es neutral en relación a todas estas extrañas posibilidades, si bien parte del supuesto metodológico de que hay un texto que recuperar. Cuando no existe tal texto, lo mejor es tirar a la papelera los datos sobre el sujeto en cuestión y volver a empezar. Hasta ahora, el método descrito no es ni muy original ni particularmente controvertido. Hemos llegado a la moderada conclusión de que podemos convertir una grabación magnetofónica en un texto sin transgredir los límites de la ciencia. Nos

hemos tomado nuestro tiempo en asegurar el resultado final, porque el próximo paso es el que nos concederá la oportunidad de estudiar empíricamente la conciencia, pero es también el que acarreará los mayores obstáculos y confusiones. Debemos ir más allá del texto; debemos interpretarlo como un registro de actos de habla; no ya como una mera preferencia o articulación de palabras, sino como aseveraciones, preguntas, respuestas, promesas, comentarios, demandas de aclaraciones, reflexiones

en voz alta o recomendaciones dirigidas
a uno mismo.

ANTI TODO

Hemos visto al anarquismo más puro rechazar *incluso* lo que no comprende.

Nosotros decimos que esta época es un desierto, y que este desierto se profundiza sin cesar. Esto, por ejemplo, no es poesía: es una evidencia. Una evidencia que contiene muchas otras.

En particular la ruptura con todo aquello que protesta, todo aquello que denuncia y glosa sobre el desastre.

los juegos de lenguaje científicos no parecen llevados a cabo para establecer una comunicación entre aquellos que los usan, sino para excluir a quienes los ignoran. Los agenciamientos materiales, estancos, en los que se inserta la actividad científica —laboratorios, coloquios, etc. — llevan en sí mismos el divorcio entre las experimentaciones y los mundos que éstas podrían configurar. No basta con describir de

qué modo las investigaciones llamadas “fundamentales” están siempre conectadas de algún modo con los flujos militar-mercantiles, y de qué modo, recíprocamente, éstos contribuyen a definir los contenidos y las propias orientaciones de la investigación. La manera que tienen las ciencias para participar en la pacificación imperial pasa sobre todo por llevar a cabo únicamente las experimentaciones y testear únicamente las hipótesis que son *compatibles* con el mantenimiento del orden dominante. Por el contrario,

nuestro modo de arruinar el orden imperial tiene que pasar por la apertura de espacios disponibles para las experimentaciones antagonistas. De la existencia de tales *lugares de desprendimiento* depende que las experimentaciones puedan dar a luz sus mundos conexos, así como depende de la pluralidad de estos mundos que se exprese la conflictualidad oculta de las prácticas científicas.

Las expresiones simbólicas de los humanos no se reducen al lenguaje y al habla. Las habilidades plásticas que

permiten dibujar, pintar, modelar y grabar han generado una gran variedad de símbolos. Lo mismo ocurre con la música y la danza. En estas formas no discursivas de expresión encontramos una relación entre señales significantes y símbolos, pero no hallamos, como en el lenguaje, las unidades mínimas de significado (las palabras) que pueden combinarse en secuencias que encuentran su equivalente en distintas lenguas. Los colores, las imágenes, los movimientos del cuerpo o los tonos no son parte de un vocabulario y las estructuras que los enlazan no son una

sintaxis. Y no obstante estas expresiones forman flujos o conglomerados de símbolos que evocan sentimientos, ideas y emociones por medios no representativos.

DECIDIR O BAILAR

Cada ciencia pone en marcha un conjunto de hipótesis; estas hipótesis son unas de tantas *decisiones* en cuanto a la construcción de lo real. Al día de hoy esto es ampliamente aceptado. Lo que es denegado es la *significación ética* de cada una de estas decisiones,

cómo cada una de ellas implica una cierta forma de vida, un cierto modo de percibir el mundo (por ejemplo, experimentar el tiempo de la existencia como desenvolvimiento de un “programa genético” o la alegría como un asunto de serotonina).